



REVISTA DE FILOSOFÍA



IMMANUEL KANT
300 AÑOS

Universidad del Zulia
Facultad de Humanidades y Educación
Centro de Estudios Filosóficos
"Adolfo García Díaz"
Maracaibo - Venezuela

Nº ESPECIAL

2024

Revista de Filosofía
Vol. 41, N° Especial 2024, pp. 28-50
Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela
ISSN: 0798-1171 / e-ISSN: 2477-9598

Inmanuel kant, ¿metodólogo?

Gendrik Moreno
La Universidad del Zulia
Escuela de Filosofía
Maracaibo - Venezuela
morenopedk@gmail.com

*Dedicado a mi maestro
Ángel Martín Sánchez*

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.14297710>

Resumen

Este artículo explora el tratamiento que Kant hace de varios conceptos, entre ellos el de ‘concepto’ mismo y el de “categoría” y cómo estos se reflejan en su obra “Crítica de la razón pura”, específicamente en el pasaje B75. Kant, a través de su filosofía trascendental, redefine la noción de ‘concepto’ como una función del entendimiento que sintetiza las intuiciones sensibles bajo principios universales y necesarios, pasando por un momento empírico a través del *a posteriori*. Apenas son unas notas que intentan bosquejar cómo Kant podría ser útil como elemento a considerar en la metodología para la investigación académica, especialmente en ciencias sociales y políticas. Se examina el rol que juega el concepto en la estructura del conocimiento humano, evidenciando su función no sólo desde un punto de vista estrictamente filosófico, sino también por su valor heurístico. En el pasaje B75, Kant ilustra cómo el entendimiento opera a través de los conceptos para dar coherencia y significado a las percepciones, dibujando su fecundidad metodológica al vincular la teoría del conocimiento con la práctica de la investigación académica. Así, se argumenta que Kant no solo proporciona una teoría del conocimiento sino también al menos una herramienta metodológica para las ciencias sociales y humanas, que resalta la importancia de los conceptos como herramientas fundamentales para la comprensión y el desarrollo del pensamiento crítico.

Palabras clave: Conceptos, categorías, experiencia, metodología de la investigación, Kant

Recibido 15-02-2024 – Aceptado 15-05-2024

El siguiente escrito pretende ser un modestísimo homenaje al filósofo alemán Inmanuel Kant, acaso uno de los pensadores más importantes y fecundos de toda la historia de la filosofía. Dicha contribución se enmarca en los actos de celebración de los 300 años de su nacimiento en Königsberg, Alemania, en el año 1724, y se une a lo que seguramente está siendo un tributo mundial allí donde se desarrolle formalmente el oficio filosófico.

*Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)*

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Creemos con Alejandro Llano que luego de la muerte de Kant, todos somos de alguna manera postkantianos, aunque a veces no lo advertimos. Este escrito intentará honrar también aquel *dictum* del filósofo que invita filosofar por cuenta propia y no a repetir asertos. Pero este ir por cuenta propia requiere siempre mínimos impulsos que son dados por ideas y argumentos, explícitos o potencialmente problematizables, presentes en la obra del filósofo en cuestión.

Estructura y finalidad

Gille Deleuze llegó a decir que “*Kant es como un trueno. Después siempre podremos hacernos los listos... incluso, habrá que hacerlo*” Este breve texto es una manera de “hacerse el listo”. No es un ejercicio doxográfico ni tiene intención exegética o erudita. Nace de la propia experiencia y tiene más bien una motivación instrumental. Por ‘instrumental’ entendemos la identificación y la selección de un pasaje, idea, enunciado o argumento al que se problematiza (y reconstruye de ser necesario) como medio para probar, bien sea su aplicación o bien el enriquecimiento de otras tesis, argumentos o perspectivas. Por tanto, es un trabajo que se teje *a partir* de Kant, concretamente a partir de un análisis la idea de ‘concepto’ vinculado con su rol en la célebre máxima expuesta en la *Crítica*, 1, B75 para *resaltar* la importancia que tienen los conceptos en la en la investigación científica o humanística, pues constituyen la guía y sostén de todo discernimiento y explicación. Se dividirá en cinco partes y se desarrolla a partir de nuestra experiencia profesional como docente universitario. Este es el dominio del discurso del presente trabajo.

Ignoramos si ésta es una propuesta original o no. Pero al menos no la hemos visto así planteada en los manuales de metodología en español al uso. Entendemos la metodología como la rama heurística de la epistemología. Como sea, invitamos a que sea considerada como un recordatorio amigable sobre la importancia de los conceptos.

Contexto: filosofía y experiencia profesional

Quizás ya se haya notado el tono vivencial de este modesto escrito que intenta una reflexión con la ayuda de Kant a partir de mi experiencia como profesor de ciencias política, métodos y como tutor de algunos trabajos de grado. En ese transitar notamos con mucha preocupación las carencias o la laxitud quizás en el manejo conceptual en los denominados ‘marcos teóricos’ de los trabajos finales de grado como requisito final de carrera. No deseamos incurrir en una falacia de generalización apresurada al decir que son todos los trabajos, en toda la universidad y ni siquiera en todo el país. Pero lo que hemos visto en reiteradas oportunidades nos preocupa.

Para cualquier investigación, sea del área de las ciencias naturales, formales o sociales y humanas, las teorías no son un mero accesorio inconexo para llenar una espacio en el cuerpo del trabajo que se desarrolla; por el contrario, los elementos conceptuales y teóricos constituyen la base o suelo fundacional que sirven para erigir nuestras propias

presuposiciones, hipótesis, y hasta nuevas teorías, a partir del discernimiento de la racionalidad intrínseca de dichos elementos y de las virtuales conexiones de aquéllas con nuestras conjeturas preteóricas previas.

Más de las veces, en esa tan necesaria como permanente fase de revisión bibliográfica a toda investigación, nos topamos con conceptos o categorías que no sólo nos ayudan a fundamentar nuestras suposiciones, conjeturas y conocimientos previos, sino que son la condición de posibilidad para que en nuestras mentes se disparen ideas novedosas en torno a un hecho, fenómeno, proceso, tema o problema o, sencillamente, para iluminarlos desde otras facetas o perspectivas. En este sentido, el marco conceptual o teoría -siempre alineada y orientada por nuestros propósitos y variables de investigación-, deviene en el dispositivo heurístico que permite en un mismo movimiento cognoscitivo generar nuevas ideas, pulir y enriquecer argumentos en defensa de nuestra tesis, así como también, fortalecer nuestra capacidad de abstracción, discernimiento, racionalidad y juicio, elementos inherentes a toda empresa científica.

Los encuadres conceptuales son ese crisol que permiten dar sentido a la empírea circundante, a ese haz de sensaciones que de forma algo caótica atiborran nuestro aparato sensorial. Sin la ayuda de un marco conceptual o teoría sería difícil otorgar unidad, secuencia y finalidad a los procesos políticos, sociales y culturales en general, que de suyo y por definición, son una compleja realidad difusa, opaca, inestable, difícil de atrapar y aprehender en su naturaleza e interconexiones.

En este sentido, al menos desde la modernidad filosófica, sabemos que los conceptos pueden ayudar discernir, acotar y dar estructura a la “lectura” que hacemos de ciertas parcelas de la realidad que nos hemos dispuesto a problematizar. Un concepto o un conjunto pertinente y consistente de ellos funge como una surte de “muletas cognitivas” en nuestro tráfico investigativo con el mundo.

En algunos de los trabajos revisados el patrón que logramos detectar fue el de una desvinculación o desconexión e inconsistencias en el seno del mismo cuerpo de conceptos que formaban el elenco del marco conceptual o teórico de las investigaciones que logramos revisar. Es decir, una ristra de conceptos sin mucho orden y concierto, dispuestos en secuencia arbitraria unos tras otros. No hay pregunta de investigación pura o inocente, no hay dato que no tenga una cierta “carga conceptual”, sin importar si el concepto está altamente formalizado o no.

La desorientación conceptual y cierta dosis de impericia en su manejo, puede conducir a un problema de inconsistencia interna del propio marco en donde ellos deben ser consignados, caracterizados y definidos, *i.e.*, en el llamado marco teórico de la investigación. Por ‘inconsistencia’ entendemos aquí incompatibilidad entre ellos. Esta incompatibilidad puede ser de distinto tipo: lógica, semántica, categorial, que afecta tanto a la clase de referencia del dominio u objeto de estudio, como a su sentido o connotación, pero incluso ideológica en trabajos de grado de ciencias sociales y políticas, pues a veces se juntan

conceptos de distintos y disímiles orígenes o fuentes sin especificación textual ni contextual previa.

Este hecho tiende a generar la pérdida del *hilo ariadnae* que bridan tanto la pregunta de investigación como las variables o eventos de estudio que, como se dijo, están teñidas conceptualmente; pero, además, conllevan a una desconexión entre el plexo de conceptos y los datos recogidos, porque los conceptos adecuadamente operacionalizados son el sostén y la guía para la elaboración de las técnicas y los instrumentos de recogida de datos. El concepto discrimina el dato.

En fin, los conceptos hacen posible conducir con cierta coherencia una investigación desde el inicio hasta el final intentando concluirla con una interpretación, con aportes críticos, nuevas preguntas y cuestiones sueltas o no tan trabajadas en la misma que merezcan desarrollos posteriores, etc. Haciendo uso de una imagen no técnica pero muy extendida en algunos textos de divulgación filosófica e incluso en algunas historias de la disciplina, los conceptos son esos “anteojos o lentes cognitivos” que posibilitan colorear la realidad y entenderla siempre de alguna manera y no de muchas otras al mismo tiempo y en el mismo sentido. Pero, veamos un poco esta metáfora de los conceptos como anteojos¹.

La metáfora de los anteojos: la realidad se tiñe de conceptos

Al igual que un montón de filósofos Kant centró su vida intelectual intentando comprender nuestra relación con la realidad. Y básicamente de esto es de lo que se trata la metafísica. Su interés específico se alejaba del entendimiento realista que caracterizó a la tradición aristotélico-tomista y fue tomando un sesgo “gnoseológico” o “epistémico” centrado en los límites del pensamiento; los límites de lo que puede ser conocido y comprendido, es decir, es un dilucidador de esos límites.

En su célebre libro *Crítica de la razón pura* de 1781, Kant aborda la intrincada cuestión sobre la posibilidad del conocimiento humano, explorando y especulando conceptualmente sobre los límites y posibilidades de la razón humana. Su enfoque se centra en la distinción entre el conocimiento *a priori* y *a posteriori*, así como entre *fenómenos*, es decir, lo que experimentamos y *noúmenos* o ese plano que existe independientemente de toda experiencia *posible*. Kant despliega su teoría trascendental, argumentando que el conocimiento se estructura a través de *categorías* y formas *a priori* de la sensibilidad y el entendimiento, como el espacio y el tiempo. Meras formas de la intuición sensible. Condiciones de la existencia en cuanto fenómenos. Además, examina la validez y los límites *del juicio sintético a priori* vinculado a su posibilidad efectiva en la ciencia y la metafísica².

¹ Esta imagen de los conceptos como “anteojos” o “lentes” se encuentra hasta donde sabemos, en al menos tres de textos: dos introductorios a la filosofía, y uno introductorio a la filosofía kantiana. Por lo tanto, solo la suscribimos, pero para nada es un planteamiento original nuestro: el primero es el clásico de Adolfo Carpio. *Principios de filosofía*. Buenos Aires, Glauco, 2004. Sección I, “Filosofía teórica”, punto 3, “La revolución copernicana”, s/n. Warburton, Nigel. *Una pequeña historia de la filosofía*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pág. 119. Solé, Juan. *Kant. El giro copernicano en la filosofía*. Barcelona, SALVAT, 2017. 58.

² Escuetamente, porque no es propósito de este escrito explayarse en ese asunto, este tipo de juicio, según Kant, será aquel cuyo valor veritativo se determina con independencia de la experiencia pero que no es meramente

En esta densidad, nuestro filósofo exploró estos límites hasta creer haber llegado a los linderos del territorio de lo que tiene sentido. Aunque quizás sea una de las obras más difíciles de la filosofía, porque hasta su propio autor aceptó que es oscura y árida y porque además está colmada de jerga y de razonamientos sinuosos y largos, hasta precipitar incluso el extravío del lector, como quien atraviesa una selva de palabras sin tener dirección clara, la tesis fundamental queda suficientemente clara y se reduce a la pregunta ¿Cómo es la realidad? Kant postulaba entre entusiasmado y escéptico, como luchando por atajar a una razón quiere desprender vuelo, pero de la que no está muy claro cuán alto podría hacerlo, que no podemos tener un mapa completo y exhaustivo de cómo son las cosas. La obra podría resumirse así:

Según él jamás llegamos a percibir directamente lo que él denomina “mundo nouménico”, todo aquello que está como por detrás del muro de las apariencias, del mundo sensible. En realidad, no podemos saber si la realidad es una cosa o muchas. También vacila entre el singular y el plural de la palabra griega «noumenon». y por ello nunca encontramos en los manuales un juicio enfático sobre si su ontología es monista o pluralista. Empero, aunque no debió haberlo hecho así, aquí esto es irrelevante y en rigor no podemos saber nada acerca de este mundo metasensible, “cosa-en-sí” -aparentemente- inaccesible.

Lo que sí está permitido a la facultad intelectual humana es conocer el mundo fenoménico, el mundo circundante, todo aquello que experimentamos a través del complejo aparato sensorial, es decir, aquello que vemos cada vez que salimos del hogar: hierba, árboles, otras personas, autos, el cielo, edificios, o lo que sea. No puedes ver el mundo nouménico, sólo el fenoménico; pero el nouménico acecha por detrás de toda nuestra experiencia. Es lo que supuestamente existe a un nivel más profundo.

No buscamos aquí intentar refutar este dualismo, a la vez gnoseológico y ontológico, que Kant plantea. Sin embargo, huelga decir que hay varios alegatos que se han esgrimido en la historia de la disciplina que podrían debilitarlo. Una vía para un intento de refutación sería el de asumir un monismo naturalista. Quizás a la manera de Spinoza: una sustancia muchas propiedades. Concretamente, se podría asumir el “materialismo emergentista” del eje Bunge-Romero que sostiene que todos los existentes reales son materiales y concretos, pero no reducibles al plano meramente físico. Es decir, los existentes son mutables y poseen energía y algunos pueden ser extensos y corpóreos, pero no necesariamente. En esta postura, ‘real’ y ‘material’ son coextensivos y, lejos de pertenecer a un solo nivel, se encuentran agrupados en distintos niveles de ensamblaje y organización: el físico, el químico, el biológico, el social, el tecnológico y el semiótico. Los miembros de todos los niveles superiores al físico son *sistemas* dotados de propiedades peculiares que *emergen*, como novedad cualitativa, en el curso de las interacciones (con arreglo a mecanismos y procesos

de tipo analítico, sino que es *ampliativo* añadiendo nuevo conocimiento acerca de la realidad. La pregunta con la que se devanará los sesos el prusiano es si estos juicios son posibles en la metafísica, es decir, si era posible la metafísica como ciencia, ya que, consideraba que sí eran posibles en la matemática y en la ciencia físico-natural.

propios) entre los componentes del sistema, o entre éstos y los componentes medioambientales.

Sorteadas la injusticia del anacronismo, y por su mismo tipo de ontología, esta postura filosófica también cuenta con sus estrategias para refutar cualquiera de las modalidades de dualismo existentes, alma/cuerpo, cerebro/mente, fenómeno/nómeno³. Dos de varios otros alegatos son: el estatus de la interacción mundos o tipos de realidades y el problema de inescrutabilidad por medios experimentales y/o científicos.

Pero siguiendo con la metáfora, si nos ponemos unos anteojos, digamos, de color rojo, éstos colorearán todos los aspectos de la experiencia visual de ese color. Puede que incluso olvidemos que llevamos puestos nuestros anteojos, que sea una experiencia “inconsciente” en algún sentido. Kant sugirió que todos los seres humanos percibimos el mundo con una suerte de “filtro”, y dicho filtro es la mente humana, más específicamente, los conceptos que formula la facultad intelectual. La mente, esa propiedad emergente de múltiples y complejos procesos cerebrales, da la impronta sobre como experimentamos todas las cosas, dándole una forma a esa experiencia.

Todo lo que percibimos tiene existencia espaciotemporal, y todo cambio tiene una causa. Antes de Kant, los filósofos investigaban la naturaleza de la realidad tratándola simplemente como algo ajeno a nosotros que causa nuestra experiencia, predominando una ontología y una gnoseología realista (ingenua), donde el ser humano quedaba limitado a percibir y a comprender tal y como se presentan. Según Kant, en realidad no es así. Él concibe al conocimiento como una construcción del sujeto, y por lo tanto dependiente en buena medida de éste, más que del objeto o del mundo. En realidad, Kant sume que el conocimiento propiamente dicho se da justamente en ese encuentro o intersección por igual, entre sujeto y objeto. Así, tenemos las formas puras o *a priori* de la intuición que permiten hacer el registro de datos sensoriales a por medio de un sentido externo (el espacio) y uno externo e interno (el tiempo). Y ampliando el entendimiento humano de la noción de ‘experiencia’ al impugnar la receptividad y pasividad que postulaba el escocés, Kant propone que el ser racional aplica los conceptos del entendimiento a las intuiciones. Pero esta separación sólo es analítica, porque no es que primero se registran las intuiciones y luego se

³ Otro alegato un poco más simple y de forma, si se quiere, sería decir que la definición que da Kant para el mundo nouménico es circular y contiene una seria dificultad epistémica. El mundo nouménico es incognoscible, como es incognoscible, entonces, no es fenoménico, porque todo lo que es fenoménico, lo que se nos aparece en tanto es localizable espaciotemporalmente y puede experimentarse, es cognoscible. Por tanto, todo lo que es imposible de conocer es nouménico. Creemos que Kant no aporta un razonamiento o prueba sólida sobre esto. Por otro lado, Mosterín y Torretti en su *Diccionario de Lógica...* sostienen, -como lo ha hecho el propio Bunge- que algunas formas de materialismo se han servido de esta idea del nómeno como causa, proceso o mecanismo (transempírico) para algunos fenómenos. Entonces, por definición, el nómeno sería material pues es mutable, cambia, y tendría eficacia causal. Y, por tanto, se acepta que todo nuestro conocimiento depende en última instancia de las interacciones causales de nuestro organismo con el entorno fundamentalmente mediante la percepción. Solé, *Ob. cit.*, pág. 68. Sostiene, de hecho, que esta es una de las varias interpretaciones que se han esgrimido acerca del binomio ‘fenómeno-nómeno’. Si las cosas se instituyen en el espacio y en el tiempo -que son condiciones necesarias y estructurales para ser percibidas-, es porque los nómenos son las causas de los fenómenos, aunque estén fuera del radio de la sensibilidad. Así lo deja ver el propio Kant en la *Crítica*, A696/B724. *Crítica de la razón pura*. (Trd., estudio preliminar y notas por Mario Caimi) México, FCE/UNAM/UAM, 2009. Pág. 618.

les aplican los conceptos que las ordenan para entenderlas. Toda la actividad se produce *simultáneamente* en una síntesis que logra integrar todos sus componentes al unísono. Esta ordenación o unicidad, se da ya dentro de la intuición sensible y no después. El fenómeno está ya categorizado⁴. Esta acción combinada de las formas *a priori* y *a posteriori*, sensibilidad y entendimiento, produce, según Kant, los *juicios sintéticos a priori*, como los de la matemática y la física, y son el único conocimiento universal, cierto y necesariamente válido.

Empero, según Kant, esa realidad allí dada así nomás, no se debe a cómo es verdaderamente ella misma: se trata de una *contribución activa de nuestros conceptos*.

Al parecer, no tenemos un acceso privilegiado directo al mundo. Conocer el mundo supone que nuestra mente opere como con una suerte de interfaz organismo/entorno que constituye nuestro aparato cognitivo. Esto se mantendrá como una máxima en toda la modernidad filosófica. Ni tampoco nos podemos sacar los “anteojos” o “gafas” a nuestro antojo y ver las cosas descarnadamente o como realmente son, como quien en un eclipse total intenta mirar directamente al sol⁵.

Estamos “condenados” de alguna manera a este “filtro” y sin él seríamos incapaces de tener experiencia alguna. Con esto, lo más provechosos que se podría hacerse es reconocer que está ahí y comprender cómo afecta a lo que experimentamos. Es lo que Kant ensaya en toda su *Crítica*. Si Kant tiene razón, se trata de un gran avance. Así, la dificultad estribaba en saber cómo podíamos tener acceso a esa realidad para decir algo acerca de ella que fuera *significativo*. Según Kant, sin embargo, mediante el poder de la razón podemos descubrir características de nuestras propias mentes que colorean toda nuestra experiencia. Pero esa razón no puede alcanzar todo lo que se propone y tiene límites, una estructura que le impone lindes. Estos límites son los conceptos.

A diferencia de algunos filósofos que apelan a la metáfora de los anteojos para referirse al famoso “giro copernicano” y a la subjetividad humana como protagonistas de este “giro” en la construcción de los múltiples objetos de conocimiento, formales y fácticos, aquí se asume que la metáfora apunta concretamente a la *elaboración y aplicación* de conceptos por parte del sujeto cognoscente. Es decir, los “anteojos” que “colorean” la manera con la que percibimos, ordenamos y conceptualizamos el mundo, en realidad, es el particular marco conceptual que, por abstracción, reiteración casuística o imaginación creativa, elabora cada ser humano en un complejo proceso psíquico para lo cual está dotado de forma innata.

⁴ Solé, J. *Ob. Cit.*, pág. 71.

⁵ Esta posición está sintetizada en lo que la filósofa mexicana María Teresa Muñoz llama “el mito de lo dado”, aquel que postula que el conocimiento nos viene directamente, sin mediación inferencial alguna, es decir, sin que el sujeto intervenga en el proceso de conocimiento más que para recibir la información. *Cf. Un acercamiento crítico a la epistemología*. Universidad Intercontinental, México, 2015., págs. 59-61.

Esa subjetividad se actualiza en el ámbito gnoseológico en conceptos varios y de distinta índole. Ahora resumamos brevemente cuál era el entendimiento de Kant sobre la idea ‘concepto’ y la tipología que elabora.

Kant y los conceptos

Desde el inicio de su *Crítica*, Kant meticulosamente va diferenciando, definiendo y clasificando las nociones de ‘intuición’, ‘categoría’ y ‘concepto’. Para él, un “concepto” es una representación mental que enlaza y organiza la diversidad de la experiencia. Los conceptos son las unidades básicas del pensamiento y nos permiten entender y categorizar el mundo que nos rodea. Kant distingue entre dos tipos de conceptos: los “conceptos empíricos” y los “conceptos puros” o *a priori*. Los “conceptos empíricos” se derivan de la experiencia sensible y están relacionados con objetos concretos. Y esta relación tiene que ver con la generalización como procedimiento lógico natural del entendimiento. Este tipo de conceptos son necesarios para emitir juicios. En el entendimiento estos conceptos son la parte material⁶. En la *lógica trascendental* ya Kant adelantará una primera aproximación de la diferencia metafísica de este par de conceptos diciendo: “El concepto puro [...] no contiene sino la *forma* bajo la cual pensamos un objeto en general. Tanto las intuiciones puras como los conceptos puros sólo son posibles *a priori*, mientras que las intuiciones empíricas y los conceptos empíricos únicamente lo son *a posteriori*” (*Crítica*, A51/B75)⁷.

Para Kant además los conceptos empíricos son reglas para conocer, imaginar y reconocer el tipo de objetos o cosas de los que son conceptos. La conexión entre la categoría y la intuición se produce a través del concepto empírico, por ejemplo, el concepto de “caballo”. Los conceptos puros también son “reglas”, pero reglas que se presuponen lógicamente en el empleo de conceptos empíricos. Son formas *a priori* del entendimiento que se aplican a las intuiciones de la sensibilidad mediante los esquemas de la imaginación⁸, en una dimensión trascendental⁹. Son puros y no son parecidos ni mucho menos isomórficos con aquello a lo que se aplican, que son las intuiciones. Así, la categoría ‘sustancia’, a la que podría pertenecer el concepto empírico ‘caballo’, está en un nivel distinto o superior al de la referencia del concepto empírico. Esta diferencia entre conceptos puros y empíricos es una diferencia de tipo lógico: están en niveles distintos. Los conceptos de las ciencias sociales y políticas, por ejemplo, son de tipo empírico, no puro, aunque el concepto puro sea la condición de posibilidad de todos ellos.

⁶ En el conocimiento hay una parte racional y otra empírica, y aquí está lo material, en el sentido de que no somos totalmente pasivos ni todo es producido por la razón humana. Primero, tenemos que recibir información por medio la experiencia. Sin ella no conoceríamos nada. Esto es lo que Kant denomina la “materia del conocimiento”. Los sentidos nos proporcionan la materia, así que es *a posteriori* y objetiva.

⁷ Kant. *Crítica...* pág. 99.

⁸ La “imaginación” será para Kant una facultad mediadora entre el entendimiento y la sensibilidad. La imaginación produce “esquemas” que Kant identifica sinónimamente con la noción de “concepto empírico”. Cf. B180-B185.

⁹ Kant entiende este vocablo como referido a los elementos *a priori*, no empíricos y no significa lo mismo que ‘trascendente’ que apunta a lo que queda fuera del alcance de la experiencia.

Así que los “conceptos puros” o *a priori* son aquellos que no se derivan de la experiencia, sino que son innatos y aplicables *a priori* a cualquier experiencia posible. Ejemplos de “conceptos puros” son el ‘espacio’ y el ‘tiempo’, aunque en ocasiones Kant es impreciso en con las definiciones que emplea y a veces las llama “*intuiciones puras a priori* de la sensibilidad” (O “formas puras de la intuición...”) intercambiando indistintamente “concepto” por “intuición”¹⁰. ‘Intuición’ la define como el modo por medio del cual el conocimiento se refiere inmediatamente a los objetos.

Para Kant, no existe espacio ni tiempo sin la existencia de un sujeto pensante. Estas son condiciones necesarias y suficientes de la intuición para registrar materia sensible, datos. Pero este registro no es un mero proceso subjetivista, no en el sentido de que dependa de la existencia de sujetos que intuyan. No al extremo idealista de postular que cuando el sujeto no esté no haya espacio ni tiempo, no. Estos son condiciones de toda intuición, tanto interna como externa, y están presupuestos en el conjunto de proposiciones referidas a la realidad¹¹. Son intrínsecos, pero sin subjetivismo idealista.

Los conceptos puros cumplen una función lógica también y son utilizados para *subsumir* los fenómenos que adquieren así unidad y significación; y son puros porque no interviene elemento empírico alguno. Pero, al igual que la -aparente- interdefinición que en ocasiones asoma Kant entre ‘concepto’ e ‘intuición’, aquel sostiene que los conceptos puros son las categorías.

Para el filósofo, las “categorías” son los conceptos puros genuinos y fundamentales del entendimiento humano que estructuran, dan molde y particionan la experiencia. Las categorías son los conceptos originarios del entendimiento, por medio de los cuales se unifica lo múltiple de la sensibilidad para la construcción de un objeto, obteniendo así conocimiento.

Las categorías se aplican *a priori* a objetos de los sentidos y se establecen como una surte de reglas de orden del entendimiento. Hay varios tipos y Kant las vincula a los distintos tipos de juicios. A la manera de Aristóteles, Kant se basa en una tabla de juicios o funciones lógicas del juicio, que son las unidades básicas de la lógica para el estagirita, y de las que no

¹⁰ Kant es un gran filósofo y en ocasiones es representado como epítome precisión. Pero, hay que reparar que en ocasiones todas estas nociones se entremezclan en la caligrafía filosófica kantiana, intercambiando vocablos y significantes para designar un concepto, no quedando claramente diferenciadas y, por lo tanto, nítidamente definidas. Sin embargo, sea el rótulo o signo que se emplee para *designar* a las ideas de espacio y tiempo, cualquier interpretación que las considere como las de mayor calado o máxima generalidad, le será fiel al filósofo en el marco de lo expuesto en su obra. Como esta situación puede conducir a confusión y equívocos, Ferrater Mora en su *Diccionario* sostiene que las *voces* que podrían sustituir y funcionar como sinónimos para ‘concepto’ serían acaso ‘idea’ o ‘noción’, pero incluso, para el caso, habría que especificar bien el contexto y finalidad de empleo.

¹¹ Bunge sostiene precisamente que Kant soslaya la realidad objetiva enfatizando en un subjetivismo incompatible con la ciencia y en general con la exploración científica del mundo. Específicamente sostiene que Kant niega la realidad material-real del espacio y del tiempo. En su libro *A la caza de la realidad* (Barcelona, GEDISA, 2007, pág. 86) dice, basándose en el en *Prefacio* de la segunda edición de la *Crítica* del alemán (B xxxix): “cuando Kant admite la existencia de cosas fuera de nuestra mente, lo hace de un modo reticente, pensando que tal admisión debe hacerse como un acto de fe en lugar de como un acto fundado ya sea en la experiencia o la razón”.

se aleja mucho, valga decir. Así, postula doce tipos de juicios lógicos agrupados en cuatro clases o formas diferentes de juicios (Cantidad, cualidad, relación y modalidad) y de cada juicio se hace *derivar* una categoría. Así de estas formas *a priori* logramos entender y organizar la diversidad de la experiencia sensible. Aquí no se enumerarán todos los juicios y sus categorías, ni expondremos la -particular- deducción de las segundas a partir de las primeras. En fin, estas categorías son las siguientes: unidad, pluralidad, totalidad, realidad, negación, limitación, sustancia, causalidad, comunidad, posibilidad, existencia y necesidad.

“Los objetos solo pueden pensarse y conocerse mediante las categorías, que *sintetizan la multiplicidad* de impresiones sensibles en una unidad [...] las categorías se aplican a la intuición sensible para dar *unidad a su multiplicidad*. Sin esta síntesis de la multiplicidad, no podría haber conocimiento de objetos, no habría experiencia: nuestras percepciones sería un flujo de representaciones sin conexión”¹².

A pesar de la equivocidad mencionada, a favor de Kant pudiera hacerse la siguiente distinción y decir que mientras los conceptos son *representaciones mentales* en general, las categorías son las formas específicas en las que organizamos nuestro conocimiento y experiencia. Son como el “mecanismo operativo”. Su justificación se hace siguiendo el hilo conductor de la forma de los juicios (deducción metafísica), mostrando su absoluta necesidad para alcanzar la validez objetiva (universalidad y necesidad) en los conocimientos y en la experiencia (deducción trascendental).

El entendimiento contiene y reúne *a priori*, a través de la arquitectónica categorial la multiplicidad de lo dado posible. Diríamos que, para Kant, las categorías son exhaustivas y agotan lo configurablemente posible. Proporcionan, por así decir, la “datidad” de los objetos¹³. Como este mecanismo está ya está predeterminado o preconfigurado psíquica y metafísicamente, al decir de Kant, es posible el conocimiento. Luego, como corolario, no hay manera humana posible de no conocer, pues bajo esta filosofía siempre se conoce algo, aunque sea falso o perjudicial, ampliando la concepción tripartita clásica expuesta por Platón cuya cláusula restrictiva es la justificación de una creencia verdadera¹⁴.

Sobre las categorías se hace apelación legítima cuando se las refiere a la intuición para constituir un conocimiento. Si, por el contrario, se hace uso de ellas fuera de este campo, sobrepasando pretendidamente la experiencia, resultará impropio e infructuoso, dando lugar a apariencia y errores; pero no ‘error’ como mala adecuación con lo externo, que es como antes de Kant se concebía, sino a falsos problemas o “ilusiones internas” que son los

¹² SOLÉ, J. *Ob. cit.*, pág. 73. Nótese aquí la clara influencia de la teoría del conocimiento de Leibniz en Kant en el tratamiento de las percepciones.

¹³ Torrevejano, M. “Kant”, en: Gracia, J.E. *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, TROTTA, Madrid, 1998.

¹⁴ De hecho, todavía hoy se disputa si Kant fue un idealista de moderado a fuerte o no lo fue. A veces pareciera que sí pues si lo hemos entendido bien, pareciera que la realidad para Kant hace acto de presencia, solo puede aparecer cuando efectivamente la conocemos. Bajo la restricción de lo nouménico, ese *locus* inescrutable, no estamos habilitados a hablar (proposicionalmente) de algo fuera de nuestra posibilidad efectiva de conocerlo.

paralogismos y antinomias de la razón. Luego, una intuición sensible no puede ser pensada ni representada sin esta compleja estructura, es decir, sin categorías¹⁵.

Ahora, luego de este apretado (y quizás traicionero) resumen de algunos conceptos centrales de la gnoseología kantiana, pero atendiendo sobre todo a la noción de ‘concepto’ y su división en ‘puros’ y ‘empíricos’, suscribimos la elocuente metáfora de los lentes, pero sólo de forma parcial. A diferencia de Kant, quien sostendría que los anteojos son permanentes (y jugando un poco con la imagen, diríamos más bien que son lentes de contacto o el mismísimo iris) nosotros afirmamos que son para explorar y conocer el mundo de distintas maneras, bien sea en plan natural o formal. Y como podemos conocerlo de varias formas y en varios niveles, de acuerdo con las perspectivas que inducen una multiplicidad de conceptos, entonces podemos *sustituirlos* de acuerdo con nuestros intereses epistémicos y a las exigencias que impone la parcela de realidad que nos hemos dispuesto a examinar.

Así, por ejemplo, nos resulta útil la idea kantiana de “concepto empírico”, pues es en la experiencia mundana donde surgen y se dan todos aquellos fenómenos y procesos que les interesan a las distintas ciencias fácticas, desde la física hasta las ciencias sociales. No es que el concepto como tal sea empírico. Esto sería incurrir en un error categorial, pues un concepto es una ficción conveniente, una creación intelectual, una abstracción y por tanto es de naturaleza distinta a un hecho objetivo, incluso si el “hecho objetivo” es la propia conducta humana, individual o social. Lo que queremos significar es que el concepto se estructura para asir, referenciar y representar un hecho o proceso empírico. De esta forma, lo propiamente fáctico, para decirlo con Kant, está en otro plano y es el “espacio de la intuición sensible”, específicamente “empírica”, donde se nos dan los “fenómenos” que constituyen el dominio del conocimiento empírico y objetivo.

Una de las peculiaridades ontológicas de las ciencias fácticas, y no una menor, es la de la identificación y aprehensión clara, nítida y precisa de su amplio dominio de estudio. Un dominio que se caracteriza por la opacidad, la fluidez, la vertiginosidad, el cambio constante y la inercia de procesos temporalmente dilatados sobre los cuales cuesta saber con precisión cuándo inician y terminan. Como ya hemos dicho, uno de los o subsistemas del supersistema que puede ser la vida psico-social, es el político, cuya variable clave es la del poder, la de las relaciones de poder. La complejidad y dificultad comprensiva de la ontología política hereda entonces las dificultades de una ontología social más amplia de la que forma parte. Pero el poder no se da en un vacío y habría que sumarle todo un elenco contextual que

¹⁵ Aunque Kant suscribe algo del hilemorfismo clásico, al sugerir que las categorías son a la vez la parte formal tanto del entendimiento como del mundo físico, nosotros disputamos que algunas de estas categorías sean “sustancias segundas” como creía el estagirita, o “formas innatas” que operan solo como funciones lógico-epistémicas o funciones del juzgar que están en nosotros como sujetos cognoscentes, como sostiene Kant y, en general, el idealismo subjetivo. Suscribiendo una ontología enteramente realista, las ciencias físicas han mostrado, por ejemplo, que el determinismo causal es un hecho objetivo, que se da en el espacio de estado de algunos sistemas cuyos constituyentes interaccionan de forma enteramente legal, determinando así los cambios en el espacio de estado de esos sistemas. La causación no es un hábito nuestro, como creía Hume, la más de las veces no es directamente observable. Hay procesos, causas y mecanismos suprafísicos o transempíricos, pero enteramente materiales, y lo *sabemos* por los cambios, alteraciones o efectos observables que generan en otros sistemas y que son registrados por hipótesis indicadoras en algunos modelos teóricos. Vid. BUNGE, M. *Causalidad*. Buenos Aires, Editorial Sudamérica, 1997.

en donde cobra sentido, se despliega, se ejerce y le da soporte material, las personas y las instituciones que forman.

No querríamos explayarnos aquí en caracterizar exhaustivamente una filosofía social y política, pero una de las mayores dificultades que presentan las ciencias sociopolíticas en donde anidan, y que son un quebradero de cabeza para cualquier investigador interesado, es el estatus ontológico de sus objetos. El Estado, el poder, la nación, la patria, el pueblo, las clases sociales, las instituciones, los partidos políticos, ¿qué son?: ¿Son instancias materiales independientes de algún tipo? ¿son epifenómenos? ¿propiedades supervenientes? ¿son propiedades emergentes de procesos cerebrales materiales individuales? ¿Son meros conceptos? ¿Qué existe realmente y que es primero: ¿la comunidad, la sociedad o el individuo? ¿La sociedad es la suma de sus individuos?

Preguntas de este tenor pertenecen al ámbito de la filosofía de las ciencias sociales y a lo largo de la historia de la filosofía y de las ciencias han recibido distintas respuestas, algunas ilustres, incluso. El propio Kant reflexionó al respecto en sus escritos jurídicos y políticos.

Así planteado el asunto, los investigadores y estudiantes ya arrancan en condición desventajosa por la propia complejidad intrínseca de las cuestiones que recogen las preguntas. Pero ello no es óbice para que nuestras descripciones y explicaciones sean igual de opacas, oscuras o confusas. Aquí hemos querido sostener que esta vulnerabilidad epistémica se minimiza o atenúa un poco, aprendiendo a diferenciar los ámbitos reales (material-mutables) del ámbito conceptual (ficcional) y también, a partir de esta diferenciación, aprovechar esta ala estrictamente conceptual para poder conocer en estricto sentido, tal y como no deja de enfatizar Kant a lo largo de su texto.

De aquí el título que motiva el escrito, un “Kant metodólogo”, porque lo que deberíamos intentar hacer como investigadores escrupulosos es atender a la importancia y la impronta gnoseológica de los conceptos en la articulación de todo conocimiento, pero en especial, de los múltiples y variados que surgen de la compleja actividad científica. La síntesis final de todas las heurísticas, las estrategias, de determinadas decisiones epistémicas, las herramientas, las técnicas, los enfoques, la arquitectura conceptual, es lo que por lo general se suele apreciar como “producto” terminado en uno de los capítulos de libros técnicos y tesis. Es una suerte de “taller”, o “laboratorio” de la filosofía y la ciencia. Es la trastienda donde se coordinan y se ordenan todos aquellos elementos conceptuales y empíricos a través de los datos.

Así como esto no es prescindible, tampoco la visión conceptual de un problema, como suelen creer algunas personas y, entre ellas, no pocos estudiantes. Permiten ver, ordenar, dar claridad, forma y orden. Los conceptos también cumplen un rol interno en la organización teórica de las ciencias, puesto que las teorías, formalizadas o no (y los *modelos* fácticos que se desprende de ellas) se estructuran en un conjunto de enunciados o proposiciones que a su vez portan, contienen y designan conceptos de corte empírico. Estas

proposiciones están ordenadas lógicamente por la operación de deducción y por reglas de inferencias previamente estipuladas en el lenguaje formal¹⁶.

Si embargo, aunque cada vez hay más casos de empleo de herramientas formales lógico-matemáticas en ciencias sociales y políticas, herramientas indispensables para ganar en exactitud y precisión, las teorías en estas áreas no suelen estar formalizadas y, por tanto, no suelen satisfacer estas exigencias. Hay un debate en torno al tipo de lenguaje usado en teorías sociales y políticas y sus referentes en el que no entraremos ahora. Se podría usar 'teoría' en un sentido más débil prescindiendo del carácter puramente formalista y de necesidad que una teoría matemática o física, así como se habla de la "teoría de la transustanciación en santo Tomás. Lo que sí es un hecho es que, en vez de teorías altamente formalizadas, se suelen hacer encuadres "teóricos" muchos más laxos (y quizás más imprecisos) como los "marcos conceptuales". Pero incluso (y sin ánimo de generalizar) estos marcos conceptuales suelen ser meros glosarios de definiciones y términos dispuestos en ristra y como un compartimento estanco sin conexiones semánticas ni referenciales con otros capítulos, momentos o etapas de las investigaciones.

Ahora, ¿qué características básicas debe satisfacer un concepto en estas ciencias o disciplinas, o al menos hacia dónde deben tender a este respecto? Primero habría que aclarar dos situaciones: La primera, en donde el investigador crea, "ex nihilo", digamos, un neologismo y a este neologismo, signo, símbolo o palabra nueva, que hasta ese justo momento no formaba parte del léxico técnico de las distintas disciplinas, le da una definición y una designación conceptual y lo empieza emplear, aplicar o poner a prueba. La otra es aquella en donde el investigador entiende y emplea ya un concepto creado por otra persona o perteneciente a una escuela de pensamiento determinado.

En cualquier caso, para ambas situaciones, un concepto debe cumplir con algunos requisitos, no sólo para que tenga tal dignidad, la de concepto, sino para que realmente cumpla las funciones epistémicas que le corresponden.

Hacia una caracterización contemporánea de 'concepto' para las ciencias (sociales y políticas)

La primera característica que hemos de destacar aquí es la exigencia kantiana de que deben referirse a "objetos de la experiencia" ¹⁷. Pero, los conceptos no son tratado aquí con el propósito y la hondura con la que Kant los trata, -incluida a las intuiciones-, como "meras formas de la intuición sensible. Condiciones de la existencia en cuanto fenómenos". La aspiración de Kant es acaso antropológica, mucho más panorámica. Nuestra labor aquí es

¹⁶ Una teoría también está constituida por (o debería estarla) por predicados que representan rasgos de las cosas que son caracterizados en su seno, y que lógicamente y gramaticalmente, son atributos de proposiciones que representan las propiedades del dominio objetual bajo examen. Por último, también debe contemplar, el dominio o clase de referencia que es la colección de procesos y cosas (con sus propiedades) de la teoría, i.e., todos los elementos (y sus rasgos o propiedades) que son referidos por la teoría. El sostén o soporte de esta caracterización es una ontología y una semántica formal de corte realista. En notación sería una cuádrupla conformada por $T = (P, Q, R, \vdash)$

¹⁷ (Prólogo a la 2da. Edición, pág. 16, nota de Kant)

inconmensurablemente más modesta, a riesgo incluso de la tergiversación o el error dada la diferencia entre nuestra semántica y la teoría del conocimiento y la de Kant.

En realidad, no es que deban necesariamente referirse a “objetos de la experiencia”, sino es que de suyo así operan por la propia naturaleza de su objeto, que es empírico-social. Siguiendo a Gustavo E. Romero¹⁸, un concepto es algo que jamás encontraremos ahí afuera en el mundo. Los construimos por un proceso que se llama ‘abstracción’. Y en esto hay continuidad con la “gradación” kantiana de la noción de ‘concepto’.

La abstracción es un procedimiento que opera mediante la imposición de una relación de equivalencia a un conjunto o colección de objetos materiales. Así, esto conlleva a la partición del conjunto, es decir, que el conjunto se divida en subconjuntos, cada uno de ellos identificado con un *concepto*¹⁹. Esos subconjuntos son disjuntos, porque la intersección entre ellos es el conjunto vacío, si nuestros conceptos han sido nítidamente definidos. El riesgo de que los conceptos no estén bien definidos es que surgirán superposiciones, habrá casos de ambigüedad y vaguedad y no sabríamos con precisión si el concepto aplica²⁰. Sin embargo, esto no impide que no opere la facultad de la abstracción en la formulación de un concepto en el lenguaje natural²¹.

En este contexto no formalizado o semi formalizado, se puede consignar el concepto de ‘ciudad’ y definirlo mínimamente como “un asentamiento humano de ciertas proporciones formado por tal y cuales cosas además de seres humanos que interactúan”. Es decir, les damos una serie de descripciones que hacen posible que, de todos los objetos que vamos observando en el mundo, se llegará a un subconjunto del que se dirá, de acuerdo con aquella descripción: “*esto* es una ciudad, y *esto* otro es una ciudad, y *esta* también es una ciudad” cada vez que nos encontremos con una; o sea, del total de objetos del mundo habrá una partición que va a corresponder a ese concepto.

¹⁸ Todo el desarrollo sobre la concepción de “concepto” y las relaciones semánticas de designación, denotación y referencia, no son para nada originales nuestras, sino que lo tomamos del libro *Scientific Philosophy* (2018) de Romero y de los apuntes de su curso de Filosofía Científica en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, del que fuimos alumnos en el año 2021. Aprovechamos para introducirlas aquí porque nos parece que refresca la discusión, no resulta incompatible con consideraciones de ascendencia kantiana y por su operatividad y fecundidad para las ciencias.

¹⁹ Esta idea que para su definición considera a un ‘concepto’ como un ‘conjunto’ es de clara inspiración fregeana. Gottlob Frege introduce la noción de “concepto” como una noción fundamental en su lógica y filosofía del lenguaje. Frege distingue entre objetos y conceptos, donde los conceptos son *funciones* que devuelven valores de verdad. Un concepto se aplica a un objeto, y si el objeto cae bajo el concepto bajo su extensión, la aplicación del concepto al objeto se vuelve verdadera verdadera; de lo contrario, resultará falsa. Más técnicamente, un concepto es una función cuyo valor es siempre un valor veritativo, y esta función toma un argumento (nombre denotativo de un dominio definido). Por ejemplo, el concepto de “ser un caballo” es una función que toma un objeto y devuelve verdadero si ese objeto es un caballo efectivamente, y falso en caso contrario. Cf. sus escritos “Sobre función y concepto” pág. 18 y ss y en “Sobre concepto y objeto”, pág. 111-114, en: FREGE, Gottlob. *Estudios sobre semántica* (Trd. Ulises Moulines) Madrid, Orbis, 1985.

²⁰ También están los “constructos”, y es el nombre que se le da a un concepto compuesto por otros conceptos más básicos, en un contexto que está totalmente formalizado. Todo concepto es un constructo, pero no a la inversa. En las ciencias sociales y políticas no abundan los constructos así entendidos. Esto va a depender del grado de formalización.

²¹ Supóngase que se tiene un predicado $p(x)$ y aplicamos ese predicado sobre colección de objetos F ; entonces, el predicado va a permitir diferenciar el conjunto F o dividir el conjunto F en una partición que va a contener a los objetos que satisfacen el predicado y a los que no satisfacen el predicado por igual. Si el predicado es exacto, esos dos conjuntos van a ser *disjuntos*. Es decir, la *intersección* entre ellos va a ser el conjunto vacío.

Ahora, el problema es que el concepto ‘ciudad’ puede llegar a ser ambiguo, [sobre todo para las ciencias sociales y políticas, por ejemplo] Entonces, con arreglo a aquella descripción nos topamos con un aglomeramiento humano y cabría la posibilidad de la duda al respecto. Es decir, vacilaríamos en determinar si tal cosa encontrada es una ‘ciudad’ o un ‘pueblo’ o una villa, por ejemplo. Y esto se da porque no hay una definición clara y exacta. Esa vaguedad que tiene el lenguaje natural es la que permite que haya predicados que se apliquen a distintas cosas creando así confusión. Habrá vaguedad cuando no podamos definir con exactitud cuáles son los límites para la inclusión de individuos en un conjunto (o clase) Por eso, términos como “pocos”, “calor”, “calvo” o “rebelde”, serán de discutible aplicación, ya que sugieren distintas aplicaciones según de lo que se trate²².

Ahora bien, además de abstracto, unívoco y preciso, un concepto debe tener una clase de referencia clara. En ocasiones creamos o seleccionamos conceptos que no se sabe con precisión a qué cosa se está refiriendo. Frege llega a advertir algo parecido para los nombres propios que no tienen referencia alguna: “El uso demagógico [en determinados contextos políticos y sociales] facilitado por esta situación es también muy común, más común quizás que los errores inducidos por la ambigüedad de las palabras. «La voluntad del pueblo» puede servir como un ejemplo de esto; pues resulta fácil establecer que no hay ninguna referencia reconocida generalmente de esta expresión”²³.

El problema de la referencia está ya presente en el propio lenguaje natural. Por ejemplo, en situaciones de habla, donde dos personas conversan sobre algo y uno le dice al otro: “disculpá, no te entendí bien, ¿a qué te referís?” para interpelarlo y preguntarle sobre qué está hablando. La persona entonces dirá algo así como: “me estoy refiriendo a la nueva

²² Asti Vera, C y Ambrosini. *Argumentos y Teorías. Aproximación a la epistemología*. Buenos Aires, Educando, 2010, pág. 30.

²³ FREGE, G. “Sobre sentido y referencia” en: VALDÉS, L. M. *La búsqueda del significado*. Madrid, Editorial Tecnos, 2005, pág. 42. En ciencias en general, pero especialmente en las ciencias sociales y políticas, hay que estar muy aguzados con este tipo de locuciones o sintagmas que pueden tener apariencia de nombres (o de descripciones definidas) pero no refieren a nada, a ningún existente. Lo que sucede es que la gramática puede inducirnos a error suponiendo que el sujeto de una oración denota necesariamente a un objeto. Que se emplee un sustantivo como sujeto de un enunciado puede llevar a presuponer la existencia de la entidad u objeto que (aparentemente) denota el sujeto gramatical. Así, sobre todo en filosofía, se habla de cosas como La Nación, La Patria, Las Clases, Los Números o hasta del Amor. Como suelen ser sujetos de oraciones y se les puede atribuir un predicado, tenemos la inclinación a tratarlos como si fueran ‘cosas’, los reificamos como existentes concretos. Sobre esto llegó alertar Russell en su célebre artículo de 1905 *On denoting* (“Sobre la denotación”) afirmando que se puede hablar de cosas que no existen. Se puede hablar de “El actual presidente demócrata de Tangamandapio” (en una época en el que éste no existe) Lo que sugiere Russell es que es posible eliminar esa forma gramatical de aparente implicación óntica con un sujeto, es decir, con ese compromiso de existencia, retraduciéndolo formalmente a un lenguaje como el de la lógica cuantificacional de primer orden. Así la oración “El actual presidente demócrata de Tangamandapio dictaminó legítimamente una nueva ley” denota algo que no existe bajo ciertas exigencias y circunstancias políticas conceptuales muy precisas. Entonces, ¿cómo nos podemos referir a ese sujeto? Lo que el Russell nos dice es que se puede simbolizar esa oración y convertirla en una del siguiente tipo “existe un x tal que x es el actual presidente demócrata de Tangamandapio y ese x dictaminó legítimamente una nueva ley” Pero cuando analizamos en el mundo real observamos que en el dominio de interpretación considerado no hay ningún valor de x que satisfaga esa oración y, a través de una función de valuación, se le dé un valor de verdad. Entonces, concluimos que no hay ningún ente con esa característica, i.e., que el Dominio o Universo de la variable ligada al cuantificador existencial que figura en la oración es vacío. Como vemos, tras el análisis lógico esta presuposición existencial desaparece, aunque podamos hablar de objetos inexistentes como si en efecto existieran.

canción de perencejo” por ejemplo. Para nuestros propósitos, la cuestión estriba en cómo la precisamos para uso de un lenguaje interpretado lo más formalmente posible. Básicamente, ahora se trata de una, ya no de símbolos, el de la relación de designación, sino conceptos a objetos de cualquier tipo ($R_{\text{Referencia}}: C_{\text{Conceptos}} \rightarrow \Omega_{\text{Unierso o dominio}}$)

Al afirmar que los objetos pueden ser de cualquier tipo, lo que queremos decir, siguiendo a Bunge y a Romero, que el dominio/universo puede estar formado legítimamente tanto por conceptos como por objetos fácticos. Es decir, *Omega* es igual a la unión de O con C ($\Omega = O \cup C$) donde C es el conjunto de los conceptos que son parte del dominio o universo de discurso (un conjunto no vacío D), y O es el conjunto o colección de los objetos fácticos. Entonces, la *relación de referencia* es una relación que asocia conceptos con objetos del dominio/universo. Dado un concepto c del conjunto de los conceptos C podemos definir una *clase de referencia* de c como el conjunto de todos los objetos de cualquier tipo a los que se refiere c. Entonces, la clase de referencia del concepto c es el conjunto de todos los elementos del Dominio para los cuales aplica la relación semántica de referencia entre C y ese objeto. Simbólicamente... $[C]R = \{x \in \Omega : R(cx)\}$.

Por lo expuesto, tenemos entonces tres relaciones que establecemos entre símbolos por un lado, o sea los elementos de sigma $\{\Sigma\}$, conceptos por otro lado, los elementos de C y Omega, que son el universo de discurso, o sea, el universo extralingüístico que puede estar conformado tanto por objetos fácticos como conceptuales, formándose una especie de triángulo de relaciones entre estos tres conjuntos: la relación de designación, que se suele expresar con una D caligráfica, es una relación que va de los símbolos a los conceptos (o ‘constructos’ si es un modelo matemático o teoría totalmente formalizada).

Mientras que la Denotación va de los *símbolos* a un subconjunto de *Omega* que es O. Y la referencia en cambio nos asocia conceptos con, ya sea, objetos fácticos u otros conceptos. Veamos algunos ejemplos para para tratar de entender mejor esta relación de referencia. De hecho, la relación en sí se puede especificar y puede convertirse en una *función* en el caso de que los objetos conceptuales que vamos a aparear con elementos del dominio/universo sean predicados y enunciados.

Entonces, por ejemplo, un predicado lo podemos considerar como una *función* que aplica varias clases de objetos a enunciados. Entonces, aquí en esta expresión, un predicado es una función que proyecta o mapea objetos de distinta clase a un conjunto de enunciados. Si se evalúa una proposición, se obtiene un enunciado. Por ejemplo, si evalúo un predicado para la función proposicional ‘x es mortal’ en un individuo u objeto, llamémosle ‘María Corina’, lo que obtengo es un enunciado (proposición u oración)

Lo que Frege llamaba un “enunciado saturado” por su argumento. Luego, un enunciado es una oración aseverativa. Con este procedimiento obtenemos “María Corina es mortal”. Lo que desde el punto de vista de la lógica de predicados de primer orden y de la semántica formal estamos obteniendo es una *función*, pero que no una función como la que opera habitualmente en el análisis matemático sino más bien el contexto lógico semántico. De manera que lo que tenemos es una aplicación que va de un predicado que está abierto, ‘x

es mortal', a un enunciado que es 'María Corina es mortal', cerrado o "saturado", no hay variables libres en un régimen cuantificacional.

Es clave destacar que la referencia es una *relación de conceptos a objetos* o individuos del Universo. No es una relación de *individuos a objetos*. Los individuos no refieren. Por ejemplo, 'Inmanuel Kant' no refiere a nada. Por el contrario, Kant será referido por cualquier concepto o proposición que contenga el nombre "Inmanuel Kant". Por ejemplo: "Kant es bajito". Aquí la referencia es Kant, pero éste no refiere a nada. La Ciudad de Maracaibo no refiere a nada, pero el enunciado "La Ciudad de Maracaibo tiene 1.5 millones de habitantes" se refiere a la Ciudad de Maracaibo como entidad unitaria real. Los individuos son referidos, no refieren. El individuo en sí mismo no refiere nada, el nombre es un rótulo, una etiqueta que le ponemos y no un concepto. Por ello, los nombres tampoco refieren. De allí que el recurso lógico de la cuantificación -porgamos por caso, la cuantificación existencial- no tiene un *importe referencial*.

Esto quiere decir que la clase de referencia de un predicado que está cuantificado, $\exists x(Px)$, no tiene un importe adicional al del predicado referencial agregado por el cuantificador. En realidad, ninguna operación de tipo lógico formal. Por ejemplo, si decimos "todos los cisnes son blancos" nos estaríamos refiriendo a los cisnes y a nada más²⁴. Ahora, esta es una oración que está cuantificada, porque gramaticalmente estamos empleando un adverbio de cantidad al afirmar que TODOS los cisnes son blancos, o sea en notación lógica: $(x) (Cx \rightarrow Nx)$. Es decir, nos estamos refiriendo igualmente a cuervos. Ahora, si decimos lo opuesto, es decir, $\neg(x) (Cx \rightarrow Nx)$ nos estaríamos refiriendo exactamente a los mismo, ide nuevo a cisnes! Es decir, sea que haya negado el cuantificador, en este caso universal, no agrega nada.

De vuelta, supongamos que hay al menos un cisne que es blanco, *i.e.*, $(x) (Cx \rightarrow Nc)$ la referencia sería de nuevo un cuervo, y obtendríamos lo mismo sin el recurso a la cuantificación. La referencia no cambia debido al uso de cuantificadores lógicos. Es decir, estos no la modifican. En general, reiteramos, ninguna manipulación lógica de un concepto va a modificar la clase de referencia asociada.

La síntesis: intuiciones y conceptos, conceptos e intuiciones

En el pasaje I, B75 de la *Crítica de la Razón Pura*, Kant aborda la cuestión fundamental de cómo es posible el conocimiento verdadero. Aquí, Kant sostiene que la experiencia es crucial para el conocimiento, pero no es suficiente por sí sola. Como ya se ha dicho, argumenta que nuestra mente no es simplemente pasiva en la recepción de la experiencia, sino que también posee estructuras *a priori*, como el espacio y el tiempo, que organizan y dan forma a nuestra percepción. Estas formas *a priori* son condiciones necesarias para que la experiencia sea posible, pero no se pueden derivar de la experiencia misma, es decir, del flujo de los sentidos.

²⁴ Este es un ejemplo (o animalito) clásico de la filosofía que es usado por David Hume para el problema de la inducción, pero hoy se sabe que existe una especie de cisne de color negro que habita en Australia. Obviamente, Hume no podría saberlo.

Para el filósofo ni espacio ni tiempo existen sin un sujeto que los piense. A diferencia de Newton (y también de la física relativista actual) que considera al espacio y al tiempo como independientes, cosas materiales y extrínsecas al individuo y subsistentes por sí mismo; y de Leibniz que lo concibe como relación de contigüidad y sucesión entre cosas, Kant sostiene que estas “intuiciones puras” están en nosotros²⁵.

En otras palabras, -y reiterando-, Kant establece que la mente humana no solo recibe pasivamente información del mundo que lo rodea, sino que también la organiza *activamente* según sus propias estructuras conceptuales. Este análisis filosófico subraya la idea de que el conocimiento humano está determinado por la interacción entre la experiencia sensorial y las estructuras *a priori* de la mente, constituidos por las categorías y conceptos, barnizando de algún modo toda la experiencia. La lógica tiene un rol fundamental aquí también porque es uno de los *nodos* de esa estructura. Específicamente la “lógica general” y “pura”, sin la cual no es posible ningún uso del entendimiento y le es indiferente cualquier objeto particular de estudio, en contraposición de una “particular” y “aplicada” propia de cada ciencia particular y que regimenta la articulación de sus respectivos objetos.

Es en este contexto que Kant formulará la tesis o máxima que sintetiza las posiciones empiristas y racionalistas de su época y marcarán un nuevo hito en la teoría del conocimiento. Máxima célebre además en la historia de la filosofía. Así dice:

“Si llamamos sensibilidad a la receptividad que nuestro psiquismo posee, siempre que sea afectado de alguna manera, en orden a recibir representaciones, llamaremos entendimiento a la capacidad de producirlas por sí mismo, es decir, a la espontaneidad del conocimiento. Nuestra naturaleza conlleva el que la intuición sólo pueda ser sensible, es decir, que no contenga sino el modo según el cual somos afectados por objetos. La capacidad de pensar el objeto de la intuición es, en cambio, el entendimiento. Ninguna de estas propiedades es preferible a la otra: sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado y, sin entendimiento, ninguno sería pensado. *Los pensamientos sin contenidos son vacíos; las intuiciones sin conceptos son ciegas.* Por ello es tan necesario hacer sensibles los conceptos (es

²⁵ La impronta kantiana ha sido tan fuerte que, gracias a su empleo de nociones como las de ‘concepto’ y ‘categoría’, que constituyen parte esencial de su gnoseología, se tiene la creencia bastante extendida de que la realidad es informe y de que somos nosotros, los seres humanos, quienes la dotamos de una *forma* o *estructura* mediante las *formas a priori*, conceptos o el propio lenguaje. Sin embargo, desde un punto de vista realista con el que nos sentimos más ontológicamente próximos, muchas parcelas de la realidad exhiben su propia estructura y podría afirmarse que existen independientemente de nosotros. La realidad es semoviente y no es una materia informe. Y esta estructura ha sido históricamente inteligible para nosotros a través de la ciencia u otras formas organizadas de conocimiento. Luego, mediante nuestro aparato conceptual ciertamente la realidad se nos hace mucho más cognoscible, proporciona un cierto orden, pero no es que se lo imponemos a ella, sino que, como cosa independiente a nosotros, podemos aprehender la estructura inherente de la multiplicidad de cosas que la conforman. Asumir a pie juntillas lo que dice Kant sobre las *formas a priori de la sensibilidad*, es decir, sobre estructuras como el espacio, el tiempo (e incluso sobre la causalidad) como inherentes a nosotros, como modos de conocer la realidad, implicaría en algún sentido comprometerse con la inexistencia de esas estructuras como hecho material cosmológico antes de la aparición y evolución del ser humano, lo cual es absurdo. Hubo espacio, tiempo y causación antes, y seguramente han sido *condición de posibilidad* de multiplicidad de procesos, eventos y existentes

decir, añadirles el objeto de la intuición) como hacer inteligibles las intuiciones (es decir, someterlas a conceptos)²⁶

Aquí se aprecia la unidad y síntesis entre reflexión y percepción empírica, entre intuiciones puras y/o conceptos como disposiciones internas, por un lado, e intuiciones y representaciones externas por el otro. A partir de esta última, se nos da un objeto, y a través de los conceptos lo pensamos gracias a esa representación. El resultado es la actitud constructiva del sujeto pensante. De manera que la intuición y los conceptos constituyen los elementos de nuestra capacidad para conocer, de modo que, al menos en las ciencias que nos atañen, ni los conceptos pueden brindarnos conocimiento prescindiendo de una intuición que le corresponda de alguna forma, -advierte Kant-, ni tampoco puede hacerlo la intuición sin conceptos.

Además, Kant expone su planteamiento evitando la falacia categorial, pues aclara que ambas facultades o capacidades no pueden intercambiar sus funciones bajo ninguna condición o respecto. Ni el aparato sensorial puede pensar nada por sí solo, ni el entendimiento puede intuir nada, tomando 'intuir' como la disposición de recibir del mundo externo la materia para las sensaciones. Como ya se dijo, el conocimiento surge únicamente de la intersección, complemento o interacción de ambas capacidades. Kant deja clara la distinción entre la "cosa en sí" y nuestro (capacidad de) conocimiento de ella.

Repárese también que este cuadro tiene lugar solo en el ámbito fenoménico, el plano de toda experiencia posible, no en el plano "incondicionado", -diría Kant-, del mundo nouménico, un *locus* que tan sólo podemos pensar por estipulación. Al igual que en la filosofía analítica del siglo XX, Kant parece haber trazado una frontera y haber flanqueado los límites de lo que puede ser pensado y conocido con sentido circunscribiéndolo al plano de las "propiedades primarias" y los *qualia* en virtud de su fenomenismo, aceptando para el otro "mundo" la condición de inefable (¿o "místico" como diría Wittgenstein?) al menos bajo la óptica estrictamente proposicional de las ciencias. En última instancia, creemos que LA razón puede que "vuele alto" pero tiene límites, los que le impone su propia naturaleza en relación con las categorías y a riesgo de las antinomias y paralogismo.

Con todo, el entusiasmo primigenio del Kant precrítico, que luego va morigerando en la *Crítica*, pervive en la mentalidad filosófica y llega a la matemática de finales del siglo XIX y principios del XX, resumiéndose en la célebre exclamación del matemático David Hilbert: "debemos saber, sabremos", que es el aliento del programa de fundamentación de las matemáticas. Pasaran algunas pocas décadas para que a Hilbert le suene su propio "despertador" y lo espabile de tanto optimismo intelectual; el teorema de incompletitud de Gödel y los teoremas limitativos de Alonzo Church. Ambos descubrimientos son descorazonadores: la lógica de predicados de primer orden no es enteramente decidible, si acaso para la de predicados unarios.

Terminada la digresión histórica, el énfasis kantiano en los conceptos y categorías da serios motivos para considerarlo como un "conceptualista". Brevemente: en la cuestión de

²⁶ *Crítica... Lógica trasc.*, II, Intro, 1, B, 75 pág. 62.

los universales el conceptualismo es la postura según la cual aquellos existen en tanto que conceptos universales que yacen en nuestra mente como ideas abstractas. Los universales o entidades abstractas nos son objetos reales y/o materiales, pero tampoco meros nombres usados para denotar entidades concretas. Son conceptos generales que operan por subsunción lógica. Para referirnos a Kant, lo más común es emplearlo como posición intermedia entre el realismo moderado y el nominalismo y como una tesis que pone el acento máximo en el motivo epistemológico por sobre el motivo ontológico predominante en la cuestión de los universales.

A manera de hipótesis sostenemos que la tesis de Kant, tal y como la apreciamos, la complejidad entre intuición y concepto, bien podría ser el preludio o antecedente remoto de una semántica realista contemporánea, pues al menos se atisba una vinculación de algún tipo entre símbolos y conceptos con la realidad extramental. Pero esto sólo podría tomar forma reconsiderando críticamente el entendimiento fenomenológico del conocimiento que él inaugura y que llega como herencia hasta Husserl, y precisando si es compatible o no, si es un obstáculo insalvable o no, para que la hipótesis de un Kant “semantista” pueda cuajar.

Finalizando...

Este escrito intentó explorar el tratamiento que Immanuel Kant hace del concepto de “concepto” y cómo este se refleja en su obra *Crítica...* específicamente en el pasaje B75. Kant, a través de su filosofía trascendental, redefine la noción de concepto como una función del entendimiento que permite sintetizar las intuiciones sensibles bajo principios universales y necesarios. Nos aventuramos a decir que a partir de Kant podríamos obtener algunos heurísticos para la confección -no rígida- de una metodología para la investigación académica, en especial para las ciencias sociales y humanas, en armonía con las aproximaciones empíricas y racionalistas tradicionales.

Se examinó el rol central que juega el concepto en la estructura del conocimiento humano, evidenciando su función en la unificación de la experiencia. En el pasaje B75, Kant ilustra cómo el entendimiento opera a través de los conceptos para dar coherencia y significado a las percepciones, demostrando su enfoque metodológico al conectar la teoría del conocimiento con la práctica de la investigación académica. Así, se argumenta que Kant no solo proporciona una teoría del conocimiento sino también una *vía* metodológica que resalta la importancia de los conceptos como herramientas fundamentales para la comprensión y el desarrollo del pensamiento crítico y para una más fiel aprehensión de parcelas de la realidad.

Además, esperamos que nuestra lectura de Kant sirva como ejemplo del consejo y práctica que alentamos a nuestros estudiantes: aproximarse sin temores a las fuentes más originarias contenidas en los grandes textos teóricos y filosóficos que ha legado la cultura occidental, bajo la convicción de que las ideas y razonamientos de los pensadores que conforman dicho acervo, serán útiles para reforzar y hacer más sólidas las propias

argumentaciones, así como para contrastar las opiniones de quienes los han estudiado y comentado.

Nuestra preocupación como asesor nos ha conducido a pensar que la consideración crítica y reflexiva de marcos conceptuales, es una *conditio sine qua non* de cualquiera de las subáreas de la ciencias sociales y políticas, desde las propiamente teoréticas hasta mayores aplicaciones prácticas. Incluso, hasta las investigaciones de tipo vinculadas a la formulación de proyectos prácticos requieren el tránsito atento por un espiral mínimo de conceptos que permitan comprender mejor las variables o eventos en cuestión.

De manera pues que nuestra experiencia nos ha llevado a sostener que *toda* investigación académica requiere de las ventajas que la abstracción, la referencia y (los intentos de) explicación que proveen conceptos bien delimitados y comprendidos por parte del investigador. Si es posible, la investigación debe emprenderse mediante un ordenado establecimiento de principios, la determinación de conceptos, la búsqueda de rigurosidad argumentativa y la evitación del descontrol inferencial.

Las ciencias sociales y humanas no *deberían* prescindir de la rica tradición conceptual legada por la filosofía política. Tampoco descuidar la *empírea*, la realidad objetiva que suministra información en la forma de percepciones de distinta índole. Ni la percepción sensible ni el entendimiento, por sí solos, pueden brindar conocimiento, como nos recuerda Kant. La primera suministra contenidos sin forma, el segundo, formas sin contenido, recordando el célebre pasaje que nos ha servido de estímulo para estas notas. En torno a esto, hay toda una discusión aún no zanjada entre los que consideran que la ciencia política debe atender al *llamado* de la tradición y *necesariamente* considerar los textos de los autores más egregios de la filosofía política de todos los tiempos, o por el contrario quienes piensan que no, que como ciencia empírica, debe concentrarse más en los métodos de investigación y en las técnicas de recogida y análisis, acentuando la antikantiana actitud de abrir un hiato entre conceptos y datos. Incluso hay quienes consideran que la disciplina debe entrar en una etapa de *matematización* propia de las ciencias físico-naturales.

Lo cierto es que en la actualidad, y debido cierto desprestigio de la filosofía en general, una buena parte de representantes de la disciplina activos en la investigación, sobre todo en el mundo angloparlante, considera que a partir de la segunda mitad del siglo XX -y al igual que el resto de disciplinas sociales-, la ciencia política tiene una clara, distinta e autonomía epistemológica, es decir, anida dentro de su dinámico seno plenitud de conceptos, métodos y técnicas que, si bien extraídos y asimilados desde otras disciplinas (incluso, de las propias ciencias duras, *cfr.*, por ejemplo, el concepto de ‘organismo’, ‘estructura’ o el de ‘sistema’) portan en la actualidad la suficiente solidez y solvencia epistémica como para no hacer uso más de lo necesario de “abstrusas” o “enrevesadas consideraciones filosóficas.

Con algunas excepciones recogidas en los textos de autores como Strauss (1970, 1993) Rawls (1979, 1995) Borón (2002, 2006, 2007, 2008) Wolff (2001) Lessnoff (2011) Camps (2001) Vegas González (2005) Astorga (2006) Castro Leiva (1991) la contemporaneidad politológica suele reivindicar dicha autonomía y en ocasiones

menosprecia, con sospechosa justificación, la herencia de la tradición y de algunos clásicos. Aquí aspiramos transmitir, sobre todo a los estudiantes que se encuentran en pleno proceso de formación intelectual, una visión unitaria de las ciencias sociales que acertadamente se nutra ciertamente de las ventajas de la estadística y de las matemáticas, pero sin menoscabo de la riqueza conceptual y argumental presentes en los desarrollos de la teoría y la filosofía política. En palabras de Victoria Camps (2001: 9)

[...] a medida que a la filosofía le han ido siendo arrebatado sus ámbitos de estudio por la diversificación y división de las ciencias en todas sus modalidades – formales, empíricas o sociales-, eso que ha venido en llamarse «filosofía práctica» ha acabado siendo el espacio más propio y natural de los filósofos. Lo que la filosofía puede decir a propósito de la moral o de la política es algo que no hacen [sic] ni la sociología de la moral ni la ciencia política. *Digamos que la reflexión filosófica viene después* –o debería venir después para tener algo de rigor- de la historia, de la sociología o de la politología. Es un *pensar sobre lo ocurrido, sobre los datos empíricos, sobre las instituciones, con el fin de aportar visiones más de conjunto* y de *razonar* sobre los hechos pasados o previsibles, así como acerca de nuestras formas *de aprehenderlos*, clasificarlos y ponerlos en cuestión. [Énfasis nuestro]

Este criterio confirma nuestra apreciación: Se atiende poco o acriticamente a los conceptos y teorías como para otorgar un sólido hilo conductor a los problemas de investigación que se plantean. De hecho, algunos estudiantes no pasan satisfactoriamente de la mera fase de *tema de investigación*, precisamente porque es poca o inexistente la previa y necesaria atención que prestan a las grandes obras del pensamiento científico y filosófico universal. Se atiende poco a los “generadores de ideas matrices o fundamentales” de las cuales se nutre una comunidad científica y que, por lo general, el caudal de estas teorías se encuentra explícita o implícitamente diseminadas en extensiones filosóficas mucho más amplias.

Cada una de las posturas conceptuales contempla *vías de accesos comprensivos* a la realidad social y política que no pueden *a priori* desdeñarse a partir de una interpretación – incorrecta la más de las veces- de inocua especulación metafísica. No pocos estudiantes consideran que el ámbito conceptual innecesario al momento de enhebrar su marco teórico-conceptual; incluso, se llega a ver rechazo a la investigación el nivel de abstracción que puede llegar a tener un conjunto de conceptos o teorías o por el lenguaje enrevesado en el que a veces son formulados, incitando más a la confusión que al aprecio por la investigación²⁷.

La importancia de los conceptos y en general de un marco conceptual amplio o teórico es que: (i) Ayuda a la definición, extensión, delimitación y comprensión del tema y provee a la investigación de fundamentación epistémica. Permite precisar el pensamiento propio asociado a la investigación, y a la integración teórica de los principio, postulados y fundamentos de la misma²⁸. (ii) Enuncia la ontología en la cual se enmarca las variables o

²⁷ Para una explicitación en detalle, casi en tono de denuncia, sobre la innecesaria oscuridad del lenguaje de algunos célebres autores, invitamos a consultar el texto de Andrade (2011) *El posmodernismo ivaya timo!*. Navarra: Laetoli.

²⁸ HURTADO, Jaqueline. *El proyecto de investigación*. Bogotá: Quirón-Sypal, 2005, pág. 62.

el evento de estudio. El marco conceptual delimita el universo o dominio objetual del discurso; (iii). Ayuda a definir las variables, lo cual, (iv). facilita su posterior *operacionalización* y, por consiguiente, su adecuada medición; vi. plantea la teoría en la cual se basan los criterios de análisis, pero sobre todo, (vii) *Sienta las bases* para la interpretación y discusión de resultados²⁹.

A su vez, la fundamentación conceptual da indicios de los objetivos que pueden formularse, el nivel de profundidad en el cual se va a quedar el estudio (si es de nivel perceptual, aprehensivo, comprensivo, integrativo) y, por ende, acerca del tipo de investigación más apropiado. Incluso, sostenemos que es recomendable emprender la tarea de diseñar y redactar el marco conceptual para luego realizar el *planteamiento*, puesto que no puede precisarse satisfactoriamente algo si el estudiante o investigador no ha logrado digerir, relacionar y sedimentar todo ese cúmulo de información que a veces pareciera imbricare sin sentido ni dirección alguna.

Ni la recolección ni la interpretación de datos se hace de forma aislada e inconexa con el marco conceptual, pues eleva a un nivel de abstracción sin perder sus anclajes con la realidad de estudio complementando además la apreciación empírica, pues da herramientas para el análisis y la reconstrucción conceptual.

Por otro lado, permite concientizar que el orden de las ideas, categorías y conceptos que se emplean no forman parte del mismo orden que el de los hechos: más bien son algo “creado” por el investigador pero que se vinculan con la realidad a través de relaciones semánticas, como las de designación, denotación, referencia y representación. De manera que ideas, categorías y conceptos tornan significativos los hechos, ya sea con fines de análisis, de crítica o de justificación. Los conceptos que constituyen una filosofía social o política sistemática introducen orden en lo que, de otro modo, podría parecer un caos de actividades. Una investigación que contempla conceptos y una mirada filosófica tiene como prioridad y función racionalizar el mundo social o natural³⁰.

²⁹ LO MÓNACO, Vincenzo. “La dicotomía cualitativo-cuantitativo: un dualismo insostenible” en: ALBUJAS, M y DUARTE, F. *Ética y Democracia*. Caracas, Monte Ávila Editores, 2000.

³⁰ PASTORE, Romano. *Curso de filosofía política. La filosofía política griega (Lecciones y antología)* Maracaibo, La Universidad del Zulia, Ediluz. 1990, *Introducción...*



REVISTA DE FILOSOFÍA

Nº ESPECIAL 2024 - IMMANUEL KANT. 300 AÑOS

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en noviembre de 2024,
por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

**www.luz.edu.ve www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org**